Hugo Bauzá, *Sortilegios de la memoria y del olvido,*

Buenos Aires, Akal, 2015

Presentación en el Club del Progreso, 18 de agosto de 2016

El autor de este volumen es un intelectual de vasta trayectoria: destacado latinista; estudioso de los mitos clásicos desde una perspectiva pluridisciplinar donde ocupa un lugar central la teoría de *l´imaginaire;* investigador de carrera del CONICET; catedrático de la UBA y de la UNSAM, Presidente durante dos periodos de la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires y director, allí mismo, del Centro de Estudios del Imaginario. En su faz académica ha publicado, entre otros libros, *Voces y visiones. Poesía y representación en el mundo antiguo* (1997), *El mito del héroe. Morfología y semántica de la figura heroica* (1998), *La tradición sibilina y las sibilas de San Telmo* (1999), *Virgilio y su tiempo* (2006). Como autor de ficción, los contarios *Los otros siete* (2000), *Ofrenda a Mnemosýne* (2005), *Estampas romanas* (2007) y *Fulguraciones* (2015) y la exquisita novela *Virgilio: memorias del poeta* (2011).

Este libro que estamos presentando significa, en muchos sentidos, una culminación respecto de las obras anteriores de Hugo Bauzá, tanto las académicas como las ficcionales: diría que es un libro de madurez, en el que se elabora una síntesis de pensamiento y se la proyecta más allá de sí misma para iluminar nuevas cuestiones. Partiendo de las fuentes clásicas que el autor maneja con profundidad y exactitud, el cruce con la filosofía moderna, con el ensayo y la poesía contemporáneos le permiten ampliar el campo a temas de vigencia constante y actualidad urgente. Se anudan así, a través de los ejes que propone el título –la memoria y el olvido-, preocupaciones comunes a toda la producción anterior: la construcción de la cultura como un todo, el enlazamiento de pasado y presente, la vigencia y proyección de lo ya sucedido, lo ya dicho y escrito, a lo largo de la historia y en el hoy: la necesidad, en suma, de recordar, pero también de elegir bien qué debe ser recordado, de cara a una historia que es la de la violencia y sus secuelas. Y entonces, el problema del relato histórico se vuelve crucial.

Los dos temas del libro se transforman en ejes que atraviesan el devenir de la cultura: en primer lugar, el esencial cultivo de la memoria. Esta aparece como la forma primera y tal vez única posible de la sobrevida, único paliativo frente a la muerte: de la poesía griega y romana a la literatura y el ensayo contemporáneos -Homero, Píndaro, pero también Borges o Pavese- menudean los ejemplos. "El hombre no vive sino un día. ¿Qué es? ¿Qué no es? No es más que la sombra de un sueño", elige recordar Bauzá de la Pítica VII de Píndaro, y se responde, desde Pavese: "El hombre mortal, Leucó, solo tiene eso de inmortal. El recuerdo que lleva y el recuerdo que deja. Nombres y palabras son esto. Ante el recuerdo, también ellos sonríen, resignados".

Pero también la memoria, en tanto que atesoramiento de saberes y experiencias no solo habla de la finitud del sujeto individual, habla también desde la historia: se transforma en advertencia sobre los males del pasado dirigida a las generaciones futuras y, muy especialmente, en homenaje debido a las víctimas de la barbarie. Sin embargo, existe su contrario, el olvido, deletéreo en tantas ocasiones –la más señalada, la *damnatio memoriae*, o sea, la condena al olvido de reiterada aplicación política desde la Antigüedad romana a la Argentina contemporánea-, y sin embargo, necesario en algunas otras. Desde una perspectiva de vasta erudición y saber académicos, los doce capítulos que componen este libro analizan e historian estos contrarios, sus vínculos y antagonismos, en prosa fluida, clara y accesible para un público muy amplio.

Sobre la memoria se destacan su importancia capital, las distintas formas en que se atesora, sus vínculos paralelos con distintas nociones de historia y su necesidad absoluta frente al horror y la masacre; también sus límites y su *exceso* en un mundo que conserva caudales inauditos de información banal. A los ejes de memoria *versus* olvido se sobrepone un entramado histórico que va desde la oralidad a la escritura, de ésta a la cultura del libro y finalmente a la revolución informática de nuestros días: de los poemas homéricos a los hipertextos, el volumen recorre un itinerario que es el de la conservación del pensamiento en sus múltiples posibilidades pasadas y futuras.

Partiendo de fuentes clásicas, los tres primeros capítulos constituyen un primer núcleo donde se trabaja ante todo el valor de la memoria frente al tiempo en épocas de cultura puramente oral –entiéndase culturas ágrafas, sin conocimiento de la escritura-. En la

senda de un libro ya clásico de Bauzá –*Voces y visiones. Poesía y representación en el mundo antiguo*, de 1998-, se subrayan el mito de Mnemosýne, diosa de la memoria y madre de las musas, el tránsito de la oralidad a las primeras formas de escritura y el fundamental papel del orfismo en el culto de la memoria como forma de trascendencia. Sin embargo, estos tópicos se ven atravesados por cuestiones históricas que apelan a la contemporaneidad: ante todo, el problema del silencio en la historia conectado al problema del mal. Así el capítulo segundo, "El valor de Mnemosýne", más allá de la esperada mención de la madre de las musas, está íntegramente dedicado a la pertinaz lucha por la memoria frente a la Shoah, a los genocidios en España, en Rusia, en nuestro continente o en el África: "recuperar la historia silenciada" es la tarea principal de Mnemosýne y sus devotos.

El capítulo III, "En la constelación de las musas", repone por el contrario el mundo perdido de la oralidad, la cuota performática, convivial del canto *in presentia* prototíica de la epopeya homérica, y el paso de lo auditivo a lo visual con el avance de la escritura. En este paso, se va de una cultura *in vivo* a una cultura *in vitro*. La lectura implica la pérdida de aquel acto social, convivial en el que se originara esta poesía. Pero también implica un paso clave, del cantar al contar. Sin embargo, el prestigio de las formas primarias se mantiene, bajo el dominio de las musas, nacidas para mantener viva la memoria a través del canto –de allí música-; diosas que se van "especializando" a lo largo de tiempo, de la danza a la poesía lírica o trágica y aun la historia. En este desarrollo, juega un papel clave la tradición órfica: sería en el culto fúnebre del orfismo, en sus enterramientos, donde encontramos señales primeras del cultivo de la memoria de una existencia pasada en función de la sobre vida del alma.

Frente a estos planteos el capítulo cuarto, "Bienaventurados los desmemoriados", representa una suerte de giro, ya que desarrolla el eje contrario, el del valor del olvido, concebido también como un "arte", bajo la advocación de otra diosa, Lethé, de quien mana la fuente del Leteo. El análisis de "Funes el memorioso", el famoso cuento de Borges, apunta a una forma del recuerdo en su faz de infinito exceso, transformado en incapacidad y suplicio; la cita de Nietzsche, "Bienaventurados los desmemoriados, porque ellos también pondrán fin a sus necedades" abre a la consideración de las distintas formas de la historia –

historia anticuaria, historia monumental e historia crítica-: las dos primeras, viciadas de historicismo, apegadas al dato y su mera acumulación, son fustigadas; la tercera, exaltada en tanto que reflexión imprescindible sobre un pasado sometido a juicio, consciente de las artimañas de la narratividad. Se plantea, entonces, el rechazo a la información descartable, la necesidad de "aligerar archivos" y desechar lo superfluo: en suma, la necesidad de no cultivar una torturada existencia a lo Funes. "Cierta cuota de olvido" –dice Bauzá-, "resulta lozana precisamente cuando el fenómeno de la hiperinformación –en su mayor parte innecesario y, para colmo, no solicitado- invade nuestros mundos profesional y privado" (53). Señala que "lo superfluo opera como lastre", que debiera recordarse solo lo que "hace avanzar el pensamiento" y rescata, de las ciencias duras, la práctica del *oblivionismo*, esto es, del descarte de lo desechable, práctica vedada a las ciencias humanas, cuyo componente histórico les exige tener en cuenta las reflexiones que las preceden. O dicho de otro modo, la perennidad de Kant, Góngora o Cervantes.

Los capítulos V, VI y VII se desarrollan en la órbita de la escritura y del libro y se presentan, cada uno de ellos, en tres "galaxias" que citan y amplían la conocida propuesta de Marshall McLuhan respecto de la invención de la imprenta: son estas tres galaxias la de Cadmo, la de Alejandría y la de Gutemberg. Estas galaxias apuntan a registrar la revolución cultural que implican los cambios en la forma de registro del recuerdo, su atesoramiento y difusión: son cambios que hacen percibir el mundo y pensarlo de una manera nueva. Así la primera, la galaxia de Cadmo, trata del impacto que representara la invención del alfabeto por los fenicios y que el mito atribuye a Cadmo, héroe civilizador y fundador de la ciudad de Tebas. El capítulo que se le dedica incluye una breve historia de la escritura, su polémico vinculo con la oralidad y su relación con distintas formas del pensar. La galaxia alejandrina gira en torno del gran proyecto de la Biblioteca de esta ciudad helenística, verdadero polo cultural articulado con el Museo y que llegara a albergar, según estimaciones, más de 500.000 rollos papiráceos en época de Ptolomeo I. En sus setecientos años de vida la Biblioteca fue centro de atracción de sabios, no solo sitio físico sino "espacio virtual donde se generaba el saber" (90), cuna de la filología y centro de estudios astronómicos, entre otras disciplinas.

> En Alejandría se cuestionaron las teorías de Aristóteles al demostrarse que la Tierra no ocupaba el centro del sistema solar. En esta *pólis* por primera vez se calculó con un pequeño margen de error la circunferencia terrestre, también se dieron las bases de la trigonometría a la par que se perfeccionó la alquimia, procedente de la cultura sumerio-caldea-babilonia. A Alejandría trajo Hiparco desde Babilonia el sistema circular de 360 grados y desde Alejandría fue difundido, primero, por toda la cuenca mediterránea y, desde ésta, con lo siglos, al universo todo. Estos avances fueron posibles merced al Museo, centro cultural por excelencia, y a su Biblioteca, repositorio que entonces acumulaba la suma del saber. (pp. 87-88)

Este capítulo clave retrata un primer momento de globalización cultural en torno a la presencia del libro como reservorio de conocimiento. Naturalmente, la tercera "galaxia" es la de la imprenta, signada por la masificación de la lectura y las mutaciones históricas y sociales que conllevara. Ante la proliferación del libro devenida de la imprenta, el texto se formula dos preguntas, entonces, por qué y para qué escribir y qué leer. La respuesta a la primera, variada en sus múltiples posibilidades –se escribe para dejar testimonio de una existencia, como catarsis de una carga afectiva-, hace centro en el acto de la comunicación: el *sinfronismo,* esto es "el encuentro de dos almas más allá del tiempo y la distancia". La segunda, no tiene más fórmula que el leer por placer y no por obligación, pero se trata de un leer sentido, vivido, que permite volver sobre lo que vale la pena volver. Y allí se plantea el problema de los clásicos, es decir, las obras que han superado la prueba del tiempo, pero que exigen una detención difícil de lograr en el vértigo de nuestro presente.

Un nuevo giro se propone en el capítulo VIII, en torno de la memoria como construcción social a partir del pensamiento de Maurice Hallwachs (1907-1944). Dos razones serían centrales para este giro: la propuesta por parte de este estudioso acerca de la construcción de una memoria colectiva, y el trágico final del filólogo en el campo de concentración de Buchenwald. En plena conciencia de una construcción de historia "subsumida en los límites que impone el lenguaje", Hallwachs diferencia la historia de la mera reconstrucción arqueológica y propone la memoria colectiva como relato de un "pasado viviente", nunca exterior al sujeto, sino anclado al marco de referencia que le

compete. A su vez, el capítulo siguiente, “La escritura después de Mc Luhan. Surfeando en el hipertexto”, plantea un nuevo eje, el paso del texto al hipertexto, en este reino actual de la atención inatenta y de “una superespecialización que hace perder la visión de conjunto” (119). La preocupación por los cambios vertiginosos en la comunicación, la posible decadencia del libro, el paso a una lectura “espacial” y en deriva, le permiten al autor ahondar en una diferencia: la existente entre información, conocimiento y sabiduría:

> (…) La información registra hechos que circundan nuestra existencia; el conocimiento intenta comprender el tramado de los hechos de los que tenemos conciencia merced a la información; la sabiduría, en cambio, implica el acto voluntario de asumir el saber, junto a una valoración ética de los conocimientos (en el acto de saber, algunas lenguas distinguen entre “el que sabe” y “el que es sabio, así la francesa). La “era de la cibernética” ha confundido estos valores, a la vez que parece incapacitada, no digo para percibir la diferencia entre *savant* y *sage*, sino incluso para llegar a captar los alcances implícitos en la sabiduría, que es algo más profundo que el mero conocimiento. (p. 113)

Los planteos de estos dos capítulos proyectan su sombra sobre los siguientes: allí se desgranan nuevas consideraciones sobre lectura y escritura, repositorios del saber, archivos y *memorials*, marcadas por una preocupación que se vuelve urgencia: el recupero de la memoria de los genocidios, de la mano de las lúcidas voces de Paul Celan, Giorgio Agamben o Primo Levi. Así, en el capítulo X, “El silencio y la palabra”, cobran protagonismo el análisis de *Amapola y memoria* (1952) de Celan –agonía entre la necesidad de recordar el espanto vivido y necesidad de la adormidera para soportar- y las consideraciones sobre la *Trilogía de Auschwitz* (1946) de Levi, signada por una similar tensión: la historia de los campos (los Lager), ha sido escrita por quienes no han “llegado al fondo”, ya que quien lo hizo, no ha vuelto. En sumo, se trata de la imposibilidad de llegar al fondo, de relatarlo todo, de dar cuenta cabal; la memoria, la historia, en suma, como objetivos imposibles de alcanzar en plenitud.

Frente a este límite, el capítulo XI, “Memoria literaria y cultura”, le otorga lugar relevante a la consideración de los repositorios, los archivos y muy particularmente los *memorials*. El análisis de varios de estos monumentos hace posible, por vía de la imagen, el espacio y los objetos, subrayar esta dimensión metafórica que parece complementar o suplir las lagunas del relato verbal. Recupero una, para deleite –y tal vez angustia-, de los presentes: cierto sector del Museo Judío de Berlín. Allí se nos relata la disposición temático-espacial del museo, donde se elige cifrar, en la historia de una familia de seis personas, el martirio de seis millones. Particularmente conmovedor resulta el análisis de la estructura quebrada, en forma de relámpago, que sumerge al espectador en un creciente clima de asfixia en contraste con el elemento poético de exterior:

> (…) un piso con 15º de desnivel y paredes no totalmente verticales; estos recursos constructivos provocan una incómoda sensación de inestabilidad y opresión. Esta sensación se acrecienta a medida que se llega a un sitio muy estrecho que da acceso a un patio verdaderamente claustrofóbico a causa de sus diminutas proporciones y a la manera como apenas entra una mínima línea de luz. Allí reina un silencio sólo interrumpido por voces muy lejanas y ruidos débilmente audibles que vienen del exterior. (…) se trata de un vacío que se adensa y, paradójicamente, adquiere corporeidad.
>
> En la parte exterior del museo hay un patio y, erigidas sobre un plano inclinado, 49 columnas, en cuya cima simbólicamente sembraron olivos. (p.142)

El último capítulo, sugestivamente titulado “¿Para qué recordar?”, trabaja sobre dos textos de ciencia ficción, dos distopías: *Fahrenheit 451* de Ray Bradbury y *1984* de George Orwell. Ambas tienen en común el desarrollo de mundos posibles signados por la alienación y el olvido; la primera de estas novelas, tiene un desenlace esperanzador puesto en la vuelta a la oralidad como medio de salvar la cultura náufraga; en la segunda, de talante pesimista, no hay salida frente a la opresión. Estos textos llevan a Bauzá preguntarse por el lugar del libro y la cultura –nuevamente, “¿qué leer?”-, y terciar en la polémica entre alta y baja cultura planteada por las opiniones de Mario Vargas Llosa y Gilles Lipovetsky:

esta disputa, en opinión de Bauzá, no puede resolverse en el mero aplauso de la “alta cultura” ni elude las complicidades que ésta pueda tener y ha tenido con las zonas más oscuras de la historia; por caso, el cultivo de la música de academia por parte del nazismo, a escasa distancia de ese campo de Buchenwald donde Hallwachs y tantos otros fueron exterminados.

Con erudición no vana, *Sortilegios de la memoria y del olvido* busca ahondar en cuestiones vitales abogando por un culto del recuerdo que sea construcción de saber, pensamiento crítico, remedio y reparación contra el espanto.

Graciela C. Sarti